

Humanismo y educación: Aprender el goce de vivir

Humanism and education: learning the joy of living

Joan Manuel del Pozo Álvarez¹

¹Universitat de Girona-España, email: joanm.delpozo@udg.edu

Resumen: El humanismo, asociado históricamente a la educación –la paideia griega– merece ser repensado y recuperado para la educación en un momento de cambio tecnológico tan acelerado y tan influyente en la condición humana que ya hay quien habla de “transhumanismo”. Se analiza la riqueza polisémica de la noción de humanismo y el valor de la formación humanística al servicio de la justicia; y finalmente, su valor como aprendizaje del goce mismo de vivir. En suma, su alto valor educativo.

Palabras clave: Humanismo, educación, transhumanismo, justicia, goce de vivir.

Abstract: Humanism, historically associated with education - the Greek paideia - deserves to be rethought and recovered for education in a time of technological change so accelerated and so influential in the human condition that there are already those who talk about "transhumanism". It analyzes the polysemy richness of the notion of humanism and the value of humanistic training in the service of justice; and finally, its value as learning the very joy of living. In short, its high educational value.

Keywords: Humanism, education, transhumanism, justice, enjoyment of life.

Recepción: 3 de abril 2017

Aceptación: 20 de noviembre de 2017

Forma de citar: Del Pozo, J. (2018), “Humanismo y educación: Aprender el goce de vivir”. *Voces de la educación*, 3 (5) pp.49-55.



Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License.

Humanismo y educación: Aprender el goce de vivir

Preocupación por la educación humanística

La preocupación de los humanistas por la educación humanística es natural, como lo es la de los comerciantes por la formación comercial o la de los futbolistas por la futbolística. Pero seguramente porque se percibe como esencial -o referida a la naturaleza humana- y no funcional -o referida a alguna de tantas actividades operativas- empieza a detectarse una preocupación social que va más allá de los círculos meramente profesionales de historiadores, filólogos o filósofos; un reflejo de ello es la invocación expresa del último informe de la UNESCO sobre educación, *Repensar la educación – Hacia un bien común mundial*, que dedica un capítulo principal literalmente a la “Reafirmación de la visión humanista”.

Parece, pues, que el humanismo despierta interés más allá de sus “fronteras gremiales” probablemente por la percepción generalizada de su declive ante el empuje formidable que en la sociedad, en la educación, en los medios de comunicación -en todas partes- despierta el atractivo de la tecnología. Se la considera no unánimemente pero sí mayoritariamente ajena a todo valor y sensibilidad humanística -aunque ello no la convierta necesariamente en *inhumana*-. Y con el declive del humanismo se supone que entra también en crisis la relevancia de lo que se llamaba “el fenómeno humano”; la relevancia de este fenómeno humano postulaba la centralidad, cultivada desde el mundo clásico grecorromano y revivida en las épocas renacentista e ilustrada, de unos valores que mejorarían hasta hacer excelente y plenamente digna la condición humana: valores como un profundo sentido de la libertad, como el cultivo de las letras y las artes, como el sentido ético y el compromiso político del ciudadano, como una indefinible pero perceptible elegancia de espíritu y una forma de vida a la vez activa y serena. Parece que, con el olvido de esos valores, peligra la capacidad misma de gozar de nuestra propia plenitud humana.

Transhumanismo y humanismo

En línea con esta crisis del “fenómeno humano” ya hay quien postula que hemos entrado en una nueva época, la del “transhumanismo”, es decir, que nos hemos situado *más allá* del humanismo. Un “más allá de” que tanto puede leerse como “más arriba de” -lo que sería una mejora- como “fuera de” -por tanto, una pérdida-: la interpretación más habitual de este transhumanismo es que considera que el ser humano está cambiando y cambiará más aún por la influencia de la tecnología, de la inteligencia artificial o de la robótica, que invadirán la vida personal, productiva y social, etc. Es decir, que habrá toda una *ortopedia tecnológica* al servicio de los humanos que los hará o más humanos todavía o cuando menos *diferentemente* humanos o, para los más

pesimistas, simplemente *inhumanos* o en todo caso algo *deshumanizados*. Este *déficit de humanidad* expresado en cualquiera de las fórmulas mencionadas se entiende siempre referido por fuerza a un modelo de ser humano que se considera esencial o básico y que, por tanto, es imprescindible para los humanos. No tenemos que decidir sus características, ni podríamos, ahora; pero nos interesa constatar que, incluso para los más combativos contra el humanismo clásico en nombre del progreso tecnológico, se conserva la palabra clave: “humanismo”, ciertamente alterada por el prefijo “trans-”, pero manteniéndose presente. Como si se reconociera que hay alguna cosa de valor, realmente irrenunciable, que hay que preservar, sea cual sea el prefijo que en cada momento histórico nos convenga más (ahora predomina el “trans-”, pero también aparece el “post-” y no faltan usos como “super-” o “alter-”).

En último término, la tecnología la produce el ser humano y, por poco coherente que sea este humano, no debería querer que su producto –instrumental por definición- se vuelva contra su creador, que es quien define las finalidades valiosas de su existencia, una de las cuales parecería necesario que fuera su propia condición humana. En este juego de prefijos supuestamente transformadores hay una cuestión latente muy importante: cuando decimos “transhumanismo” como realidad distinta ¿en el fondo queremos decir “contrahumanismo”? O cuando decimos “postdemocracia” ¿en el fondo queremos decir “contrademocracia”? O cuando decimos “postverdad” ¿en el fondo queremos decir “contraverdad” , es decir, “falsedad”? Parecería que la respuesta es no. Si hubiera de ser realmente un “contra-”, ya no conservaríamos el referente principal – humanismo, democracia, verdad- e inventaríamos un nuevo concepto sustancial valioso por sí mismo. Pero no: lo que se hace con este juego de prefijos es un intento, como se diría musicalmente, de “variaciones” sobre el mismo tema, que es el importante; por tanto, en el fondo se está reclamando la persistencia, la continuación, el mantenimiento de aquellos referentes principales. En nuestro caso, el humanismo y, de forma inherente o necesaria, la educación humanística.

Humanismo: una noción polisémica, un hecho poliédrico

Hay que reconocer, sin embargo, que la noción de humanismo no es precisa o exacta ni mucho menos única; es, como todas las grandes nociones, polisémica, probablemente porque responde a un fenómeno histórico de muchas caras, un hecho poliédrico. Pero el referente principal podría ser compartido por las más diversas corrientes culturales que se reclaman de él: este referente central sería la consideración de toda persona humana como titular de un derecho básico a una plenitud y a una radical autonomía que no pueden subordinarse ni a religiones, ni a tecnologías, ni a movimientos de masas, ni a manipulaciones mediáticas, es decir, a ninguna de las instancias que, por una u otra vía, ponen en riesgo aquella plenitud o aquella autonomía; lo cual, por demás, se articula perfectamente con los más exigentes ideales educativos.

Las instituciones que administran las religiones –que son distintas de la religión misma- tienden al dogmatismo, que limita la autonomía de la razón; la tecnología, con

su atractiva eficacia instrumental, absorbe a menudo de forma bobalicona la atención y el interés de muchas personas y tiende a la difuminación o incluso la eliminación de objetivos finalistas de plenitud de la propia existencia: decía Einstein ya hace muchos años que vivimos una curiosa época, la de los instrumentos más perfectos de la historia al servicio de los objetivos más confusos (¿qué diría hoy?); la masificación, hoy revestida de modernidad con el nombre de “globalización”, por una parte acentúa el individualismo competitivo –‘todos contra todos’- y por otra parte disuelve las diferencias individuales y culturales en un magma uniformizador –como pequeño ejemplo, la invasión de muchos países por parte del ‘halloween-USA’; y las manipulaciones mediáticas, hechas con instrumentos cada vez más poderosos y cada vez más concentrados en unas pocas manos, nos están instalando en aquello tan lamentable, ya mencionado, de la *postverdad*, que pretende justificar el predominio de las emociones manipuladas groseramente por ellos como “criterio de realidad” por encima de los hechos y de la deliberación crítica sobre ellos: y con esto destrozan a la vez la plenitud y la autonomía de las personas, que no son posibles ni pensables al margen de una mínima investigación y confianza en la verdad o, como mínimo, en la veracidad que todavía quisieran mantener muchos buenos profesionales de no pocos medios informativos. Desde el punto de vista educativo, destruir o minar la autonomía personal es intolerable porque la autonomía personal es objetivo central de la pedagogía de todos los tiempos; cuando menos, de la pedagogía humanista o, simplemente, de la que pretenda sostener una orientación liberadora y progresista; también, visto de otro modo, de la que se resiste a reducir la educación a simple enseñanza o mera instrucción.

Humanismo: palabras al servicio de la justicia

Los humanismos son un complejo fenómeno a la vez educativo –su origen griego está asociado a la ‘*paideia*’ o educación de la Grecia clásica- y social, en el cual se integran diversas dimensiones, por ejemplo las intelectuales –conocimiento, cultura, lenguaje-, las emocionales –liberalidad, sensibilidad artística, filantropía- y las sociopolíticas –urbanidad, civismo, solidaridad, compromiso político-. El humanismo, por tanto, busca la mejor realización de lo que es humano en toda su complejidad. Y lo busca sabiendo que vive simultáneamente en el terreno de los símbolos –la creación filosófica, literaria y artística, básicamente- y en el terreno de la vida misma; no menosprecia los hechos, pero sabe que el concepto de realidad tiene un componente fundamental de interpretación simbólica que solo puede adquirirse por la cultura completa de lo humano. Los hechos importan a las personas en la medida en que son interpretables por ellas: no hay nunca hechos solos, sino siempre hechos captados por humanos y, por tanto, interpretados por la mente humana, por lo cual el mundo simbólico, el mundo del lenguaje esencialmente, alcanza una dimensión central, como siempre había defendido la cultura clásica, en la vida humana individual y social.

Lo que no nos podíamos imaginar es que en nuestros días resucitaría con tanta fuerza una de las versiones más discutibles del humanismo clásico, la sofística, primero

en la forma, ya mencionada, de la llamada *postverdad*, que es una forma pretendidamente sutil –pero torpe si se piensa bien- de hablar de falsedad interesada; uno de los frutos mórbidos de esta instalación del mundo mediático y político en la *postverdad* es el concepto reciente de “hechos alternativos”: resulta que con ocasión de una de las mentiras –reconocidas por su propio círculo como tales- del nuevo presidente USA, una asesora suya ha elaborado este concepto, verdaderamente mágico –en el sentido más tramposo del término-, que designaría una falsedad reconocida como tal que, en vez de ser asumida y disculpada –porque es moralmente condenable como mentira-, se rebautiza de esta forma para ‘venderla’ en un mundo de mensajes cortos, banales y a menudo irresponsables; imaginemos ahora que adquirimos un producto en un comercio y, en el momento de abonar su coste, sacamos del bolsillo un papel cualquiera para pagar y, al escuchar el reproche lógico del comerciante, le decimos que debería aceptarlo como bueno porque, aunque no sea moneda oficial, es “moneda alternativa”! Esto, que comercialmente es inimaginable e inaceptable, quiere hacerse pasar como aceptable en el mundo de la comunicación de masas, hoy también llamada tan impropriadamente de “redes sociales” y, lo que es más grave todavía, en el mundo de la política, mundos ambos de gran trascendencia sobre la vida de la gente.

Si bien se mira, el gran combate por la autenticidad y plenitud del vivir humano, por su óptima educación por tanto, se produce en el terreno de la interpretación de los hechos; y hay que reconocer que el invento de palabras fraudulentas como las que hemos contando –*postverdad, hechos alternativos*- es retóricamente hábil e incluso ingenioso, al servicio de los intereses del poder; pero, como querían los grandes adversarios de los sofistas, Sócrates y Platón, no nos podemos resignar a una retórica que juega a manipular las palabras para ganar y conservar el poder, sino que necesitamos –si no queremos vivir falsamente, *inhumanamente*- conocer el valor y el uso legítimo de las palabras para poner el discurso al servicio de la verdad y la justicia. Es decir, puesto que las palabras tienen un gran poder instrumental, necesitamos aclarar que el único camino aceptable para el uso de las palabras es el de ponerlas al servicio de la justicia y no del poder por sí mismo; de otra forma, estaríamos postulando que la finalidad última de la vida es el poder, es decir, la fuerza que se impone sin razón a los demás –porque si fuera con razón, sería simplemente justicia-.

Humanismo: inteligencia -educadora- al servicio del goce de vivir

He aquí, pues, cómo se encuentran dos caminos que muchas personas creen que no tienen nada que ver entre ellos, que viven como unas líneas paralelas que jamás se encontrarán: el camino de la retórica y el camino de la ética. No entendamos ‘retórica’ en su sentido negativamente connotado de técnica artificiosa y sobrecargada de uso de las palabras, sino en su sentido más genuino de arte exigente con la calidad y la elegancia expresiva de las palabras; y no entendamos ‘ética’ como sinónimo de moral reglamentista y rígida para controlar la conducta humana sino como esfuerzo para alcanzar una vida personalmente buena y socialmente justa. Este es el núcleo, el

corazón mismo del humanismo –clásico, y por extensión, también nuestro-: la mejora permanente del uso preciso, veraz y elegante de las palabras al servicio de una vida personalmente buena y socialmente justa. Y puesto que las circunstancias históricas son variables, los contenidos del humanismo también es lógico que lo sean, pero unos contenidos variables o nuevos que tengan la inteligencia de convivir con los valores que el sedimento de la historia ha mostrado que son garantía de humanidad plena. Entre los valores más sólidamente sedimentados a lo largo de la historia destacaríamos las grandes obras literarias y filosóficas del clasicismo grecorromano, la pasión por la libertad y a la vez por el compromiso social y un gran sentido ético y cívico; en resumen: un talante de elegancia de espíritu y sentido de la autonomía intelectual y de la responsabilidad social. Y entre los nuevos: la valoración del avance científico desde el Renacimiento hasta nuestros días, con la física relativista y cuántica, con la biología evolutiva, la biotecnología y la biomedicina, con la tecnología de las comunicaciones y con tantas y tantas realizaciones de la ciencia y la técnica; la importancia del giro lingüístico en filosofía y la valoración de las grandes producciones literarias, plásticas o musicales del mundo actual, incluso cuando se presentan como rupturistas o disruptivas con la tradición, porque el humanismo respeta la tradición pero no confunde el respeto a la tradición cultural clásica con el tradicionalismo reaccionario. El talante humanista no es excluyente, sino inclusivo, no se opone al avance, sino que se interesa por él con sentido crítico y capacidad de admiración a la vez.

Unas palabras formuladas precisamente por uno de los grandes humanistas del Renacimiento nos pueden acabar de conectar con el profundo espíritu humano que late en el interior de la cultura humanística; son de Nicolás de Cusa quien, desde el siglo XV, nos regala unas palabras de valor permanente para los humanos de cualquier época: *“Desiderium autem nostrum intellectuale est intellectualiter vivere, hoc est, continue plus in vitam et gaudium intrare”*; es decir: “nuestro deseo intelectual –o inteligente- es vivir intelectualmente –o inteligentemente-; esto es, penetrar cada día más en el goce de vivir”. Esta conexión de inteligencia –palabras, discursos- y goce de la vida –ética- es la clave de bóveda de todo humanismo de cualquier época. También, pues, de la nuestra. Y de toda educación que pretenda ir más allá de la mera transmisión curricular de conocimientos encapsulados, fríos y alejados del interés vital de los educandos.

Acerca del autor

Joan Manuel del Pozo (La Roda de Andalucía, Sevilla, 1948) es profesor de Filosofía Antigua, Ética y Filosofía Política de la Universidad de Girona. Ha investigado y publicado sobre la obra filosófica y política de Cicerón, a quien ha traducido al catalán, así como la 'Utopía' de Tomás Moro. Es autor del ensayo 'Educacionari', una invitación a pensar y sentir la educación a través de sesenta conceptos.

Como político, ha sido diputado al Congreso y al Parlament de Catalunya, primer teniente de alcalde de Girona y consejero o ministro autonómico de Educación y Universidades en el último gobierno catalán del presidente Pasqual Maragall. Mantiene una intensa actividad como conferenciante en numerosos países sobre temas de educación y ciudades educadoras, filosofía, política y valores, ciudadanía, retórica, valores y contravalores de la 'sociedad líquida', entre otros.